

## La retórica que frustra una novela

### Chapinero

ANDRÉS OSPINA

Laguna Libros, Bogotá, 2015, 279 págs.

DECÍA BORGES que la lectura de un libro no debía requerir de esfuerzo alguno. Para él, la felicidad tenía muy poco que ver con la dificultad. Sin embargo, no es felicidad lo que se siente al leer *Chapinero*, segunda novela del bogotano Andrés Ospina (1976): su lectura es compleja por la falta de fluidez. Son cinco voces diferentes las que hablan en primera persona y muchos capítulos son de página y media o dos páginas. Así que el lector que se acostumbra a una voz, de repente y de manera tajante, debe acostumbrarse a otra, en algunos casos bastante diferente en lenguaje y ritmo.

La idea de Ospina fue abarcar varias épocas del barrio bogotano Chapinero. Contaba el autor con mucha información del lugar. Él mismo lo afirma en entrevistas concedidas a algunos medios de comunicación. Su oficio de periodista lo llevó a internarse en archivos históricos para encontrar nuevos temas para su columna de *Publimetro*, uno de los medios para los que escribe. Una vez tiene gran cantidad de datos, crónicas, anécdotas y demás, decide apostar por una novela, uno de los géneros más amplios, donde “cabe todo”. *Chapinero* es el resultado de combinar cinco voces distintas para narrar un período que abarca desde mediados del siglo XVII, hasta la actualidad.

De entrada y ante la corta extensión de cada capítulo, se hace difícil llevar el hilo de la novela. Quienes hablan en primera persona son Antón, Higinio, Salvador, Tania y Lorenzo. Antón es un zapatero que sale de Cádiz, España, a buscar oportunidades en ese Nuevo Mundo donde está Santafé; corre el siglo XVII. Higinio trabaja en una encuadernadora y está empeñado en arrendar una choza en Chapinero. Uno de sus clientes potenciales es Ricardo Silva, padre del poeta José Asunción. Esta historia está anclada en el siglo XIX. Salvador hace parte de un grupo llamado Los Cuatro: cuatro adolescentes que viven aventuras en

un Chapinero de principios de siglo XX. Tania es una chica que le está contando su vida a alguien (solo al final se intuye quién es). Son los años del hippismo, igualmente, en el mismo barrio. Por último, Lorenzo; es un pintor poco o nada reconocido que necesita vender una cuchara, herencia familiar, para salir de su iliquidez. Hasta aquí, un retrato somero de la novela.

Al usar la primera persona, el lenguaje cambia por cuestiones obvias de verosimilitud. Mientras Antón, el zapatero, maneja su castellano típico de la época de los Cronistas de Indias, Tania narra su vida en lenguaje absolutamente coloquial, Higinio usa un vocabulario muy nutrido y la voz de Salvador, el adolescente, es un poco más elaborada que la de Tania (aunque el que habla es un Salvador ya viejo).

Lorenzo, el pintor, es la voz que se siente más rebuscada. Ospina está muy preocupado porque se exprese en forma fina y única, por eso suelen escucharse palabras como “esgalamido” o “espermático” (por mencionar solo dos). Al leer los capítulos de Lorenzo, uno se pregunta si, por algún temor el autor se aleja de la difícil sencillez. ¿Cree que el lenguaje afectado es más atractivo? Habría que ir a algunos clásicos para refutarle esta idea.

Releyendo a Madame Bovary, encuentro que Flaubert no necesita tanto artificio para contar la historia de hastío que vive Emma con Charles Bovary. Aquí vendría bien una acotación que hizo Joyce refiriéndose a su inolvidable personaje Stephen Dedalus: “el estilo literario de Stephen mostraba un aprecio desmesurado por lo antiguo y aun por lo obsoleto, y caía con demasiada facilidad en la retórica”.

Es por esos excesos de retórica, que la voz de Lorenzo no cautiva. Hay un párrafo que me llamó en especial la atención, pues es una forma hábil que tiene Ospina para hacernos detestar cierto lenguaje entre barroco y popular:

De fondo, un televisor altisonante guindado de una esquina iba alienando clientes. En éste, cierto presentador ya afligido por calvicie frontocoronaria y sobrepeso, a quien desde mi infancia, cuando fue sílfide y melenudo, había venido soportando. Así, en pantalla, el tipejo se me pareció a la fruta cristalizada del ponqué

Gala. Nunca conocí a alguien a quien le gustaran (...). (p. 37)

Aquí el autor no solo quiere hacer uso de palabras “únicas”, sino que además termina la descripción con un detalle que pretende ser gracioso, sin serlo efectivamente. Esta otra cita es una muestra más de lo dicho:

Ni las plantas que allí sembraron los Niño para repeler a quienes lo bañaban en efluvios urinarios, bastaron para intimidarles. Un borracho urgido de diuresis no respeta ortigas. (p. 117)

Lorenzo, aparte del ruido que nos genera con su lenguaje, carece de buen humor. Lo cautivante en la literatura es el humor fino, el humor negro que sugiere, que se burla de un contexto o de una persona sin rodeos, pero con elegancia. Por ello, no es fácil encontrar autores relevantes que manejen un exquisito humor. El personaje pretende que suenen graciosas, expresiones como “Foto Jabón” o “Expreso Vomitariano”, simples malas parodias de marcas conocidas. Son estos ejemplos una pequeña muestra de lo que pretende ser lenguaje desenfadado, mas no humor.

Una de las historias más interesantes, y que Ospina sabe sostener bien hasta el final, es la de Antón. Por medio de él, nos enteramos de cómo era la sabana de Bogotá en el siglo XVII:

Una villa miserable, maloliente y fría nos hubo de recibir. Ya atardecía. Era fecha de mercado en la plazuela de San Victorino. Indias descalzas y apestosas vendían las últimas hierbas, verdes, aliños y frutos. (p. 78)

Y también son sugestivas las primeras percepciones sobre el clima, tan distinto del de la España que abandona Antón:

Debido a algún capricho de Dios, el clima se mantenía igual durante todo el año y había latitudes heladas y calurosas, separadas por sólo medio día de viaje. Eso no cambiaba en temporadas. Anochecía y amanecía siempre a las mismas horas. (p. 47)

La historia de la chica *hippie*, Tania, por tener tanta información, pierde el encanto como narración. Ospina se preocupa por contar cómo era la vida en los años 60 en Bogotá y eso lo

lleva a que su personaje hable de tal o cual lugar, sobre su vida de colegiala, que no tiene misterio, ni sorpresas. Es un recuento sin gracia, un monólogo que dice mucho, pero nada esencial o único:

También me queda el recuerdo del parque y sus algodones de azúcar. De los chocolates Esponja. Y del vestido bazzazz que le encargamos a una azafata de Avianca para mis quince, comprado en la Quinta Avenida y pagado por mi papá en dos contados. Como la regla era usar Pat Primo, que entonces hacía cosas menos feas que las de ahora, cualquier cosa importada era todo un avance (...). (p. 105)

Y, además, al ser una voz tan coloquial, el lector, que disfruta más la voz de Antón, pierde por completo el interés por esta historia.

El problema de *Chapinero* no lo tienen otras obras que, como esta, se crean a partir de fragmentos. Pienso ahora en *No hubo cielo*, novela de Gloria María Posada, publicada en 2011 por el Fondo Editorial Eafit. En ella, la autora crea una trama firme, un mundo coherente, incluso haciendo uso de poesía mística y epístolas. La falla de Ospina radica en la forma en la que concibió la estructura para contar su historia. Puesto que está escrita por momentos y es difícil para el lector unir una historia con otra, parece que solo estuviéramos leyendo cinco historias anecdóticas de lo que fueron cinco épocas distintas. Solo por poner un ejemplo, es hacia el final de la novela que sabemos de la relación de Tania, la chica *hippie*, con la cuchara (elemento conector de todas las historias) que está en la cabaña de Higinio o la que venderá el pintor Lorenzo.

Por fortuna, los narradores colombianos están dejando ahora muy buenas obras. Varios nombres ya forman parte del catálogo de las grandes casas editoriales. Otros tantos están publicando con editoriales universitarias e independientes. Además de *No hubo cielo*, está *La casa de la belleza*, de Melba Escobar, en la que la autora trata con lenguaje claro y certero temas como la violencia contra la mujer, el arribismo y el trato violento que se da a las personas de clases sociales bajas en la capital del país. La novela de Escobar deja un sabor agrídulce porque

así parece ser la historia reciente de Colombia: solo salen bien librados los poderosos corruptos, los que pueden comprar jueces y evitar la cárcel.

Es relevante además hablar de la narrativa actual que ha pasado desapercibida. Por ejemplo, aquella que retrata la violencia en un barrio popular de Medellín, como la novela *Las vidas posibles*, de Jacobo Cardona, ganadora en 2014 de la Bienal Internacional de Novela José Eustasio Rivera. Es patente la preocupación de los narradores jóvenes por esa problemática, que se experimenta en cada ciudad. La literatura no tiene la obligación de comprometerse con algo en especial, pero sí con crear un buen libro. Ya lo dijo muy claro Kafka:

Pienso que sólo debemos leer libros de los que muerden y pinchan. Si el libro que estamos leyendo no nos obliga a despertarnos como un puñetazo en la cara, ¿para qué molestarnos en leerlo?

**José Ignacio Escobar**